

Y con esos alimentos, no sólo el hombre trama su traza física, sino que también elabora ideas que también son luz: El vocablo «ideas» deriva de un verbo que significa «ver». Saber algo es «aclararlo», proyectar «luz sobre un asunto», pues toda «idea» ha de ser clara; decimos que el pensamiento «alumbra» y al momento más feliz del pensar le llamamos «iluminación». El pintor, quiera o no, pinta luz y el poeta, el santo, el creyente, el amante, se sienten «iluminados»; por eso habla el místico de una «vía iluminativa» ... Todo lo más alto del hombre está hecho de los estambres de la luz. Los seres más espirituales los imaginamos de finísimo pergeño, delgados hasta la transparencia, como si la materia misma se afinara en luz, con aspiración hacia lo angélico y sus diafanidades. Si el hombre físico, como todo ser vivo, es combustión o llama, espiritualmente es todo luz, claridad de cumbres. Una canción a la luz es todo lo espiritual; lo angélico huye de las sombras y Dios es el inmenso foco de luz irresistible a la mirada humana. Y cuando la misma naturaleza acusa su belleza más espléndida es cuando se manifiesta transida de la serenidad de la luz.

Sólo lo decadente, lo envejecido y disminuido de espiritualidad y vida parece complacerse en la caída y degradación de lo luminoso, con un vago sentimiento de rencor, erigiendo en máximo valor lo crepuscular y oscuro. Pero si algo noble se oculta o esconde, no es porque rehuya la luz, sino porque busca recluirse en su propio ámbito, como laboratorio donde elaborarla, que es lo que hace el espíritu creador. Nocturna es la lechuza, crepuscular el buho, y ambos han constituido el símbolo de la sabiduría griega, hasta el punto de haber estado Atenas bajo la advocación de estas aves. También se esconde el filósofo para pensar, el artista para crear, el sabio para investigar y el sueño mismo que halla su gozo entre las sombras, actúa como los metales radioactivos que precisan de lo subterráneo para almacenar su energía, especie de inmensos y condensados montones de luz.

También lo femenino viene al mundo para dar a los seres calor de maternidad; y aunque la energía calorífica es inferior a la luminosa, ese atesoramiento de calor en lo femenino, en forma de ternura, de amor, de solicitud, al fin, se transforma en luz también ... Lo femenino se esconde para transformarse en maternidad y la maternidad es justamente una forma de proyección luminosa en el mundo. Por eso, el acto más noble y alto de lo humano, el momento de la maternidad, se llama precisamente «alumbrar» o «dar a luz». Solo imitando a las madres, alcanzan los artistas y poetas el título de creadores.

Hay en mi pueblo de *natio* una Virgen de centeno y azahar que se llama de «la Luz». De ella ha tomado el pueblo su advocación y de las finísimas hebras de su luz me siento yo herido en la evocación, en la invocación y en el recuerdo.

PEDRO CABA

Romancillo de la Noche de San Juan

POR FERNANDO BRAVO Y BRAVO

¿—Por qué lloras, hija mía?

—Madre ¿por qué he de llorar?

Lloro porque estoy soltera
y no me ronda un galán.

(Las flores de la ventana
aroman el suspirar).

—Quince años tienes, hija,
quince años nada más,
y lo mejor de la vida
es el poder esperar.

—Esperando estuve, madre,
en la noche de San Juan...

Vergüenza me da decirlo
que luego se burlarán:
toda la pasé velando
entre sufrir y esperar.

(Las flores de la ventana
sin riego se secarán).

—Los mozos con la enramada
por mi calle ví pasar
a casas de mis amigas,
no a la mía por mi mal.

Y allá por la madrugada,
cuando a recogerse van,
debajo de mi ventana
cantaron, madre, un cantar.

—El son de los rondadores
tiene falso resonar
y el corazón que lo escucha
pierde su tranquilidad.

—Yo escuché, madre, la ronda,
en la noche de San Juan:
¡las flores de mi ventana,
ay, deshojaba el cantar!